

CALABAZAS



en el trastero

Que viene el Toco



Presenta

CALABAZAS



en el trastero

CALABAZAS



en el trastero



Que viene el Toco

Créditos:

Primera edición digital: octubre 2017

Código: COD 9785400038635050124

Ilustración de portada: M^a Ángeles Seguí
(ellaberintodelassombras.webnode.es)

Maquetación y diseño: Miguel Puente y Kachi Edroso

Corrección de estilo: Cristina Bracho

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Prólogo (cortesía de Nocte): Javier Trescuadras

Autores: José Luis Alonso Casado, Rubén G. Collantes,
Enrique Cordobés, Ricardo Cortés Pape,
Eduardo Delgado Zahino, Curro Esteves,
Daniel Garrido Castro, Héctor Gómez Herrero,
Juan Ángel Laguna Edroso, Enrique Luque de Gregorio,
Miguel Martín Cruz, Gema del Prado Marugán
y Marc Sabaté Clos, Martín Salegui

Edición: Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A, 50006 Zaragoza

Más información: www.sacodehuesos.com

Un proyecto de la asociación cultural La Biblioteca

Fosca

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Preludio

Quisiera no tener que redactar este prólogo. Con seguridad es de los encargos más duros que me han hecho, te diré por qué: cada autor tiene un *leitmotiv*, un motor interno que le inspira más que otra cosa a la hora de escribir y que, generalmente, suele ser lo que más ama o lo que más le gusta; o, como es mi caso, lo que más le aterra.

El miedo causa en mí un efecto extraño, una mezcla de excitación e inseguridad. ¿A ti te ocurre igual? Imagino que sí, pues estás leyéndome ahora mismo. Eres de los que adoras el terror, ese temor a lo desconocido que te acelera el pulso y te hace sentir vulnerable por un tiempo limitado para después devolverte al confort del hogar. Pero permíteme que ahonde un poco más, porque miedos hay tantos como personas en el mundo, cada uno tiene el suyo y es diferente en intensidad y frecuencia al de su vecino, su amigo o su madre. Es como la receta de un plato sencillo: cada uno la hace a su manera, y así, por volver al hilo que nos ocupa, mi terror más profundo –no quiero decir irracional,

al menos todavía— es aquel fenómeno, natural o no, que hace desaparecer a una persona de la faz de la tierra sin razón aparente.

Es sin duda lo que más miedo me da, más incluso que la muerte misma, pues, por dura que sea —y puedo hablar con conocimiento de causa, desgraciadamente— no lo es tanto como que un ser querido desaparezca. No llego a imaginar el dolor constante que sufren sus familiares, no consigo concebir qué ocurre con sus vidas desde el momento en que una llamada o un mensaje te avisa de que ella o él se ha evaporado sin dejar rastro, sin nota de despedida, solo la nada, el silencio... la desesperación. Cómo afrontas la vida desde ese momento, cómo sigues respirando, comiendo o durmiendo si esa persona se ha desvanecido para siempre. Hay que seguir viviendo, no queda otra, pero ¿cómo lo haces? ¿Cómo consigues salir adelante? No imagino tortura peor que esa.

Una vez leí que la muerte era como un reloj que se detenía. Si damos por válida esa afirmación, una persona que desaparece sería como un reloj roto, que interrumpe su curso habitual y deja un vacío que ya nadie puede llenar, porque alguien que muere obliga al resto a continuar, a intentar olvidar

lo doloroso de su marcha, quedándose solo con el soleado océano del recuerdo, pero ¿qué ocurre cuando el hombre del saco se lleva a quien amas? No puedes seguir con nada, no puedes llorar ni aislarte, ni olvidar, ni pasar página, ni guardar su ropa en un cajón, ni regalarla a quien la necesite, porque la energía te consume cada día como si fuera a entrar de nuevo por la puerta, como si la policía fuera a decirte en cualquier momento que le han encontrado. Cuándo decides abandonar su búsqueda, darlo por *muerto*. Cómo encaras el dejar de mirar por la ventana a la espera de que vuelva. Cómo decides enterrarlo, y si en un momento fruto de la desesperación llegas a tomar esa complicada decisión, qué es lo que, por el amor de Dios, entierras. Créeme si te digo que no hay fantasma ni demonio capaz de aterrarme tanto como enfrentarme a algo así.

Quizá la que tienes ante ti sea de las antologías más crudas que leerás. Vas a ser secuestrado por trece historias que narran lo que ocurre cuando el coco, el tío del saco, o el *boogeyman* aparece en una calle oscura y desierta con la única intención de arrastrarte hasta el infierno. Movidio por la curiosidad has empezado a pasar páginas, dejándote

imbuir por su intensa lectura. Te dejas envolver por los ruidos de la ciudad cuando cae la noche; vuelves a casa y tus pasos restallan mientras caminas con el frío cortándote la cara. Es tarde, algo que nunca te ha preocupado, eres de los que cree que la vida es para vivirla y por eso agotas hasta el último minuto para aprovechar con los amigos. Ellos viven en el barrio que queda justo antes que el tuyo, lo que te obliga a caminar unas cuantas calles a solas hasta llegar a casa. La presión de la noche te hace mirar por encima del hombro: no hay nada, pero sientes que alguien te sigue. «Son imaginaciones», te dices, y sigues caminando.

El frío te cala los huesos, un frío cruel como nunca has sentido. La soledad te hace mirar por encima de tu hombro: alguien que parece camuflarse en las sombras camina unos metros por detrás. Entonces tú apresuras el paso. Cruzas a la calle de enfrente, aunque eso te desvíe un poco de tu dirección, pero sirve para volver a mirar con la excusa de saber si viene algún coche. Tu inquietud aumenta cuando ves que la calzada también está durmiendo; no hay coches circulando, lo que no impide que él cruce también con las manos hundidas en los bolsillos. «Estoy paranoico», te

dices. Seguramente será alguien que vuelve a casa, como tú, así que sigues andando con más calor que frío. Solo tus manos siguen heladas, algo que siempre ocurre cuando te pones nervioso. Queda poco para llegar a casa, solo un par de calles más.

Respiras hondo y buscas la hora en tu muñeca, un impulso que te hace extrañarte: el reloj se ha parado a las dos y media, y deben ser por lo menos las cuatro de la mañana. Deniegas con el corazón encogido al comprobar que la sombra que te sigue está más cerca, puedes oír sus pasos, su respiración encima, su ansiedad te envuelve en esa calle desierta.

Al fin llegas a casa con las llaves temblando en la mano. Te cuesta introducirla en la ranura, la puerta chasquea y se abre, te cueles dentro y cierras con la espalda. Oyes los pasos de tu perseguidor acercarse, te giras y esperas en la entrada, a oscuras mientras respiras de forma agitada. Ves cómo pasa de largo sin siquiera detenerse. Falsa alarma.

Sonríes. «Estás paranoico», te dices mientras subes la escalera hacia casa. Una vez en ella, el suelo está sucio, el frigorífico abierto y apagado, una ventana abierta por la que se cuele el frío, papeles por los suelos... Intentas encender la luz pero no hay,

no entiendes lo que ocurre. Coges un trozo de periódico que revolotea por el suelo y lo lees: «Siete meses desaparecido. Ocurrió cuando volvía de pasar la noche con sus amigos, a eso de las dos y media de la madrugada. Si lo ve, la policía agradece su cooperación y...», reza el titular. Tu foto aparece en la portada. La hoja se te cae de las manos, describiendo un zigzag en el aire.

Eres un reloj roto.

Javier Trescuadras

Esa puerta roja

Por Marc Sabaté Clos

«Coco: en lenguaje de los niños, vale figura que causa espanto, y ninguna tanto como las que están a lo oscuro o muestran color negro».

Tesoro de la lengua castellana o española
Sebastián de Covarrubias (1611)

Ochenta kilómetros por hora. Es lo que indica el marcador del coche. Los semáforos se apartan de su camino con elegante reverencia, como si su estudiado señorío de hombre de negocios pudiera levantar cualquier peaje. Chirrían las ruedas al girar, en un esfuerzo por vencer la inercia del accidente. Se siente dueño de la calle y es por eso que legitima su osadía con falsos halagos. Ha sido una semana de duro trabajo, largas reuniones y corbatas apretadas. Demasiado tiempo para alguien tan apegado a su familia.

Solo quiere llegar a casa.

Una mancha borrosa se cruza frente al parachoques de su vehículo en el mismo momento en el que pisa el acelerador. Surge de la nada, a toda prisa, como si le persiguiera el diablo. Solo tiene tiempo de reconocer a un niño con pantalones rotos, una camisa sucia y guantes deshilachados. Habría jurado que corría descalzo. El olor a neumático quemado le reprocha su imprudencia como si de una esposa malhumorada se tratara. Ya no tiene edad para ir así por la vida, como si fuera un adolescente que se cree el amo del mundo, pero es que las prisas le consumen y arde en deseos de ver a su mujer y a su pequeño. «Por suerte no ha resultado nadie herido», se dice.

Detiene el vehículo en medio de la nada, en un cruce de avenidas que no reconoce pero que evocan retazos del pasado. Calles sucias, almas errantes que pasean sin rumbo, cubos de basura reconvertidos en fogatas que sirven para calentar a gente a la que la vida ha tratado mal. Ni rastro del chaval, ahora una simple anécdota que contar en cuanto llegue. «Casi atropello a un crío», le dirá a su mujer. Ella responderá con fingido disgusto, una reprimenda merecida y un poco de sexo como castigo. Las farolas parpadean, resistentes al apagón. Cierta olor

a suciedad se cuele por la ventana. Dedicar ese tiempo a recuperar la calma y la sensatez que se le supone.

Un perro solitario ladra alterado. No es un animal diferente, especial ni nada por el estilo. Se trata del típico chuchito que vaga por cualquier otra calle. El tejado de una vieja casa a punto de reducirse a escombros asoma tras un árbol sin hojas. Lentamente se ve arrastrado por la curiosidad y no tarda en comprender que ese sitio dejado de la mano de Dios vive oculto en su memoria. Se deleita con la observación de la casa deshabitada, cuyas paredes se caen a trozos y donde los cristales de las ventanas yacen rotos. Un último detalle, quizás el más estridente: esa puerta roja, llamativa en medio de tanto abandono. Siente que un frío afilado recorre su espalda cuando reconoce aquel viejo portón de madera rojiza y la morada que guarda. Pide silencio, no quiere que la molesten. Ahora es refugio de ratas y vagabundos, gente que busca esconderse o ser olvidada. Pero muchos años atrás una vez fue su hogar.

Apaga la radio. No quiere escuchar más debates insípidos sobre política engañosa ni banalidades deportivas. Toda su atención recae sobre la gris

morada. No sabe cómo demonios ha llegado hasta aquí. Siempre suele ir por la circunvalación norte, pero parece ser que los desvíos le han llevado hasta lo que una vez fue su casa, el barrio de Las Cañadas. Se queda absorto en sus recuerdos, imágenes que se amontonan sobre una época que creía haber olvidado. Las casualidades a veces son crueles, y por eso siente cierta incomodidad que le obliga a retorcerse en el asiento. Un manantial de tristeza evoca terrores nocturnos, miedos infantiles que también creía superados.

En ese hogar conoció, por primera vez, el miedo.

En el pasado fue un niño de la calle, uno de esos que sobrevivieron a la pérdida de un padre y de una madre, testigo de los años posteriores a la guerra. Hambre, frío, suciedad y a veces fiebre le acompañaron demasiado pronto. Tuvo una infancia muy dura. Vivió durante siete años en el mismo barrio en el que ahora ha detenido su vehículo: una zona marginal de la gran ciudad, olvidada por la policía y los servicios municipales, calles en las que se amontonaba la delincuencia y la fatalidad. Uno de esos distritos víctimas de promesas incumplidas, futuros sin esperanza y canibalismo financiero. Fueron años difíciles, en los que se hizo hombre

muy deprisa. No tenía otra opción si quería sobrevivir. Aprendió de quién fiarse y de quién no. Hablaba la jerga oculta de los barrios pobres y conocía la regla más importante: pasar desapercibido. «Parece que nada ha cambiado», piensa. Por si acaso, no puede evitar cerrar las puertas.

Y pese a todo, en aquellos años aciagos, alguien cuidaba de él.

Nunca lo olvidará. Por algo su hijo lleva su nombre. Lo recuerda como «el señor José», un anciano que tenía poco que perder y mucho que dar. Su inmensa caridad dio cobijo a cinco niños, a los que en aquellos tiempos consideró sangre de su sangre. Nicolás, el de ojos azules; David, el hermano mayor; Daniel, el más bromista de todos, y Lucía, la niña bonita. Estaban todos los días juntos, ganándose el pan, jugando en la calle, escapando de los malhechores. Si llovía, el señor José les abría las puertas y les secaba con la única toalla de la que disponía. Si sus pequeños estómagos rugían como leones, procuraba saciarlos con un mendrugo de pan, unas patatas hervidas o un puñado de arroz. Si el frío resultaba demasiado doloroso para sufrirlo en la calle, les daba sus propias mantas. Fue profesor de

dibujo, escritura y lectura, pero también maestro en los cuidados de un buen padre. Él les mostró un mundo de colores en un paisaje gris, otra forma de entender la vida. Y le creían porque el señor José era una buena persona.

Ese lugar en el que su destino quedó marcado para siempre le invita a recordar de nuevo. La maldita puerta roja que tanto le obsesiona parece abrirse en una clara exhortación que rehúsa sin dudar. Sabe que hay ciertos umbrales que no deben ser cruzados. Sacude la cabeza en un vano intento de enterrar sus recuerdos, pero estos florecen.

Cada noche el señor José se despedía de ellos con un cuento que, agradecidos, le hacían leer una y otra vez. Muchas veces el buen hombre perdía la paciencia y les amenazaba con la llegada del Coco hasta que se quedaban dormidos. Sólo cuando el último de ellos cerraba los ojos el señor José se iba a su habitación.

Recuerda la primera noche que lo vio. Una sombra viva que se arrastraba por el suelo, sin hacer ruido, como si la huella alargada de su oscuridad formara parte de la casa. En la calle la noche se alzaba tardía y el silencio era rey y gobernante, pero en esa ocasión dio la casualidad de que no tenía

sueño. Ni siquiera las historias que solía contarles el señor José habían dado su fruto. Tampoco las mismas amenazas de cada noche. Ya se las conocía. Pero aquella noche algo acechaba bajo la cama.

Por entonces solo tenía seis años, pero ya sabía que estaba allí, en esa misma habitación, muy cerca de ellos. Podía oler su aliento fétido bajo el colchón, tan cerca de su nariz que parecía estar acostado en un saco de estiércol. Ni siquiera todas las penurias a las que a tan temprana edad estaba acostumbrado podían suavizar aquel hedor. Escuchó arañazos bajo el camastro, marcas producidas por repugnantes uñas secas que perturbaban sus oídos. Un ligero cosquilleo corría libre por el vello de su piel. Era el miedo, salvaje equino que cabalgaba hacía la locura.

Sus ojos se cruzaron con dos ocelos amarillos, sin vida y con una crueldad burlesca que parecían llamarle por su nombre. «Ven conmigo», le decían. Pero él no contestaba. Sabía que no debía contestar. «No habléis nunca con desconocidos», les repetía cada mañana el señor José. Aquella noche se escondió bajo la almohada, dispuesto a ahogar sus llantos y sus gritos hasta tal punto que sólo él los pudiera escuchar. No quería, es más, no debía despertar a sus compañeros, y mucho menos al

señor José. ¿Quién le creería?

Recuerda su infancia como un devenir de luces y sombras. Cuando el día acompañaba sus rutinas, se regocijaba en una niñez sencilla y plácida. No se beneficiaba de los habituales privilegios de la mayoría de niños de su edad, pero tenía más de lo que podía esperar. Los juegos y las risas siempre iban cogidos de la mano y aprendía mucho del buen señor José. Sus amigos, lo más parecido a un hermano que podía imaginarse, compartían secretos y aventuras que dejaban con la boca abierta al más escéptico. Pero si una de esas confidencias merecía ser contada era la del Coco. Sí, porque varios días después de su primer episodio con aquella sombra alargada descubrió que ellos también habían sufrido encuentros parecidos. Nicolás había saboreado el gusto amargo de las pesadillas, Lucía estaba convencida que alguien habitaba bajo su cama y Daniel odiaba dormir a oscuras, así que entraba dentro de la normalidad que la expectación borboteara en las mentes soñadoras de aquellos niños. Juntos tomaron la decisión —y en pareceres así sólo los niños saben de la importancia merecida— de turnarse la guardia cada noche. A quien le tocara estaría despierto, armado con una campanilla,

preñado con la obligación de advertir a los demás de la llegada del Coco. Un plan brillante que pronto desvelaría nefastas fisuras.

Una ligera sonrisa asoma en su rostro. No es un gesto de felicidad o nostalgia, sino más bien de piedad y honda tristeza. Sigue con la mirada clavada en aquella puerta roja, con la jamba arrancada por las musarañas y sin picaporte. El quicio ya no sujeta ninguna bisagra, y todavía resiste la madera. Hipnotizado, le carcome ese color tan llamativo.

«Debería decirle a mi mujer que llegaré tarde», se aconseja sin demasiada convicción. Son los gritos de un vagabundo ebrio de desesperanza los que le responden a lo lejos.

Empujado por la nostalgia de ese lugar marginado, sigue recordando lo que una vez fue el capítulo más extraño de su vida.

Pasaron dos largas semanas en las que cada noche uno de los compañeros de habitación se turnaba para vigilar. Quince días en los que no volvieron a saber más de la sombra. Crepúsculos aburridos y sin remarcables noticias. Las amenazas del señor José para que se fueran a dormir se amontonaban en la habitación: «Si no dormís, vendrá el Coco y os comerá», solía repetir, a lo que ellos sonreían

cómplices. Fue, en cambio, la noche en la que le tocaba a él estar de guardia la que escogió la extraña criatura para regresar.

Recuerda bien su segundo encuentro. Demasiado bien. Esta vez no lo vio venir. La sombra de mirada amarilla le observaba desde la pared, como si fuera una mancha de alquitrán, una parte imposible de la realidad. Aquello se deslizaba hacia él con una voz siseante que ponía los pelos de punta. Una serpiente negra. No entendía sus palabras, pero estaba convencido que la criatura pronunciaba su nombre con vehemencia. De la misma manera, y dadas las circunstancias, no se acordó de la campanilla hasta que aquella cosa ya se deslizaba bajo su sábana, arañando sus pequeñas piernas y con un frío que tenía el sabor de la muerte. Suplicó que se detuviera, que se largase; deseó incluso morir allí mismo, de un infarto o de cualquier otra ocurrencia, pero nada de eso llegó a pasar. La serpiente seguía deslizándose entre sus piernas y no pudo hacer más que ahogarse entre lágrimas.

Pero en esa ocasión tuvo suerte. Al compás del tintineo, el resto de niños se levantó de la cama, algunos con más prisa que otros, pero todos con la intención de averiguar quién era el Coco.

Encendieron las luces y empuñaron escobas, pero en la cama, y también bajo sus sábanas, no había nada más que una bochornosa mancha, testimonio del valor perdido.

Le cuesta mirar hacia la vivienda, como si el simple gesto de girar la cabeza significara irremediablemente un dolor tan intenso que no pudiera existir reposo. Los recuerdos son, a veces, puñales que hieren el alma. En este caso concreto, el filo de una cimitarra persa había barrido con su hoja curva cualquier remanso de tranquilidad. Observar sus paredes ruinosas, los balcones derruidos, las ventanas rotas y aquella turbadora puerta que una vez fue la entrada de su hogar le deja sencillamente aterrado.

Necesita calmar los ánimos. Es un buen momento para volver a fumar. Lleva tres meses con la nicotina lejos de sus pulmones, pero su cuerpo ha dicho basta. Con manos temblorosas acerca un cigarrillo a sus labios. La lumbre del mechero baila divertida mientras devuelve de nuevo sus pensamientos hacia un pasado muy confuso.

El primero en desaparecer fue Nicolás, un niño de siete años del que tan solo recuerda sus ojos azules y la reprochable afición a mentir. Él era quien vigilaba

esa noche, entusiasmado tras la última aparición. Era un niño valiente, dispuesto a todo por cumplir con lo prometido. Para él, y quizás para el resto, se trataba solamente de un juego, pero cuando amaneció descubrieron tremendamente asustados que para el monstruo no era ningún tipo de pasatiempo.

El señor José dio la señal de alarma por todo el vecindario. Registró la casa tres veces, y los alrededores otras tantas, con la esperanza de encontrarlo bajo un cubo de basura, al abrigo de unas mantas acartonadas o en los asientos enmohecidos de un coche abandonado. Muchos vecinos de los alrededores se sumaron a sus esfuerzos en una acción solidaria que demostraba la existencia del sentimiento de comunidad en el barrio, pero Nicolás nunca volvió.

El señor José pensó, y en esos momentos llegó a creer, que el pequeño había tomado la decisión de irse. Muchos vecinos apoyaron su teoría, convencidos de no querer saber la verdad. Solían suceder ese tipo de cosas en Las Cañadas. De la noche a la mañana, alguien que hasta entonces había aceptado su destino recuperaba una pizca de valor y emprendía nuevas aventuras en otros barrios, en

otros lugares. Quizás él también trataba de engañarse, harto de sentir la herida del fracaso en sus empeños por hacer un mundo mejor. Quiso preguntar a sus niños, pero nadie habló. Ellos sabían qué había sucedido y precisamente por eso no le dijeron nada. Todavía recuerda el arañazo marcado en la pared.

La puerta roja, un tablón de madera gastada por el paso del tiempo. Ya no cierra, ya no priva el paso a indeseables y amantes de lo ajeno. Su función es solo la de recordar que, en otros tiempos, aquello era un hogar. Un techo en el infierno. La morada de un monstruo que perseveraba en su empeño de terminar con lo empezado. Una puerta al pasado.

¿Por qué no puede dejar de mirarla?

El siguiente en desaparecer fue David. Once años. El mayor. El más fuerte de todos. Sus gritos despertaron al vecindario y salieron corriendo de la habitación, sin tiempo para mirar qué diablos sucedía. Solo él fue capaz de hacerlo. Lo recuerda perfectamente. Y cuando lo vio, pronto surgió el arrepentimiento. David se alzaba a dos metros, asido contra la pared por unas manos oscuras que parecían el tizne del demonio. Nuevamente sus ojos amarillos, pozos sin fondo que gargajeaban odio, le

dejaron paralizado. Y se lo llevó no sin antes dedicarle una horrenda despedida.

Por supuesto no se lo explicó a nadie, aunque el señor José sospechaba. Al fin y al cabo solo se trataba de la imaginación de un niño. En esa ocasión el vecindario se movilizó al completo, surgieron manifestaciones y por las noches se organizaron patrullas de barrio. Incluso llegó la policía, habituados a ignorar esas calles. El señor José exigió respuestas, abatido por los últimos acontecimientos. Alguien se estaba llevando a sus niños y nada podía hacer. Desafortunadamente, la gente es propensa a empeorar las cosas, y algunos ya empezaban hablar mal de él.

—El bueno de José —se dice con un deje de nostalgia—. Siempre pagan justos por pecadores.

Asesina el cigarrillo en el cenicero de su coche. Un último halo blanco se pierde en el ambiente, niebla narcótica fracasada en su empresa. Sus ojos siguen apuntando al viejo edificio, como si de un francotirador de recuerdos olvidados se tratara. Un nuevo recuerdo escapa libre de su encierro, y florece un nudo en su garganta.

Después de la desaparición de Nicolás y David, el señor José cambió de proceder. Lo más evidente fue

su nueva costumbre de pernoctar en la misma habitación que los niños. Dormía armado con una gruesa vara y se despertaba al más pequeño indicio. Dejó de contar historias para dormir, e incluso su humor cambió. Amenazaba a los niños con que se durmieran de una vez o llamaría al Coco. Sus palabras sonaban creíbles, a diferencia de días anteriores, y el miedo les atenazaba el habla. Métodos desafortunados en el peor de los momentos, pero ahora comprende que aquel pobre hombre no dejaba de ser otro tipo de víctima.

Pasaron semanas, meses quizás. No lo recuerda exactamente. Pronto el barrio se olvidó de Nicolás y de David. En ese mundo de ratas, suciedad y estómagos vacíos todo tenía fecha de caducidad, pero no para el señor José. Él nunca olvidaba.

La puerta roja. Es ahora cuando recuerda con mayor precisión. Por aquel entonces no era más que un tablón blanco, todavía con cerradura pero sin llave. El señor José nunca la cerraba del todo. Dadas las circunstancias, adoptó la medida de atrancar la puerta con una silla. Si alguien quisiera entrar tendría muchos caminos que escoger, pero no sería por allí.

No esa vez.

Fueron los años del miedo. Muchas noches dormían abrazados, y el señor José tenía que lamer sus heridas con cuentos y canciones de cuna. Poco a poco todo volvió a la normalidad. El anciano dejó de amenazar a los niños si no se dormían. Regresó aquella sonrisa desdentada pero con un poco menos de optimismo. Su afecto se volvió rudo y severo, aunque plenamente sincero. Así iban soportando el asunto lo mejor que podían. No existía otra forma.

Pero, como en las buenas historias de terror, una noche estalló una tormenta.

La oscuridad se hacía luz antes del rugido del leviatán. Los niños se abrazaban a la seguridad del señor José. Sabían que mientras estuviera con ellos nada les sucedería. Pero un ruido extraño, algo que no debía estar allí, se escuchó en el piso de abajo.

—No os mováis —les ordenó con la seriedad de las cosas importantes—. No tardaré.

Todavía recuerda esas palabras. Después de tantos años maldice no haber insistido para convencerle de lo contrario: que se quedara, que les diera un poco de su valor para ser ellos algo más fuertes y no solo niños indefensos a la espera del lobo.

Pero el señor José bajó.

Los niños temblaban de miedo, y también un poco por el frío. Desde la cama escuchaban los pasos del anciano que bajaba por la escalera: pisadas de cansancio, inseguras por la carga de los años. La tormenta seguía feroz, como si una estampida de caballos salvajes estuviera en esos momentos hollando las nubes que sobrevolaban por encima de sus cabezas. Con el fin de aparcar sus temores, los tres niños contaban el tiempo que transcurría entre el relámpago y su grito. Uno, dos, tres, cuatro... a veces hasta cinco o seis. Lo decían en voz alta, para escucharse a ellos mismos. La escalera bajaba frente a la habitación. Quizá deberían cerrar la puerta, parapetarse bajo la manta y esperar.

Un nuevo brillo, esta vez sin trueno que lo acompañara. O quizá no llegaron a escucharlo, porque algo les arrebató toda la atención que podían tener. Nuevamente aquella cosa estaba allí, frente a ellos, con esa mirada cargada de odio y, esta vez, de hambre. Sí, escuchaban el rugido de unas tripas repugnantes, el estómago oscuro de una sombra igual de oscura. Un pozo sin fin. La criatura alargaba su brazo hacia los niños y el más valiente de los tres —o quizás el más asustado— empezó a gritar:

—¡Que viene el Coco! ¡Que viene el Coco!

La sombra sonrió con un rictus extraño y arrancó del lazo irrompible al niño gritón. Lo arrastró por el suelo mientras se defendía entre lloros y pataleos. Junto con Lucía, la otra niña que quedaba, gritó con todas sus fuerzas en vano. Aquello lo arrastró por la pared mientras sus alaridos llenaban toda la estancia. Arrambló con él por el techo a la vez que su orina caía encima de sus cabezas. También ellos sintieron una humedad en la entrepierna.

Justo en ese momento entró el señor José. Una exclamación de horror por lo que debía ser imposible asomó de entre sus labios agrietados. La bestia soltó al niño con indiferencia y cayó al suelo partiéndose el cuello como si fuera una rama seca. A varios segundos de absoluto desconcierto le siguió un grito de rabia que sirvió de ariete con el que embestir a la bestia indómita. Los dos niños que todavía seguían con vida aprovecharon la ocasión para saltar de la cama y escapar. El señor José alzó la vara y le atizó en la oscuridad como si fuera un maestro espadachín.

Fue lo último que se supo de él.

Sigue con la mirada fija en aquel edificio en ruinas, aquella casa abandonada que no esconde otra cosa que no sea una pesadilla, pero sobre todo

sigue obsesionado con esa vieja puerta de madera, arañada y sucia, sin picaporte y con cerradura, pintada por entera de rojo. Ese color carmesí le tiene atrapado.

La mala educación de una bocina le despierta. Alguien impaciente le apremia a arrancar el vehículo y a largarse de allí. Suspira aliviado porque sospecha que jamás habría podido tomar esa decisión sin ayuda. El motor protesta como si también le costara irse, pero finalmente emprende el camino lejos de Las Cañadas.

Conduce por calles vacías, mientras la noche ya ocupa todo el cielo. Hoy no hay luna, así que las sombras campan libres sin ser descubiertas. La publicidad le flanquea a derecha e izquierda, carteles insulsos que ocupan buena parte de su atención. Trata de quitarse de encima la ansiedad que le corroe por dentro. Se maldice reiteradamente por haber cambiado de ruta: no le volverá a suceder. En esos momentos solo piensa en llegar a casa y abrazar a su mujer y a su hijo. Seguro que ya estarán durmiendo, después de una fuerte disputa para acostarlo.

Una hora después detiene el vehículo frente a su domicilio. Las luces están encendidas, algo extraño a

esas horas de la noche. El pequeño José tendría que estar durmiendo, y su queridísima esposa estaría, si todo iba bien, tumbada en el sofá a la espera de su llegada.

Se queda quieto frente al portal. La puerta de su casa, de madera noble y pintada de blanco impoluto, le suscita un brillo en la memoria. Sí, ahora comprende esa obsesión tan desacostumbrada, el origen de su miedo... porque en la disputa contra el monstruo sus ojos de niño vieron al señor José aplastado contra la puerta, con el cuello torcido y una estela de sangre surcando el ribete. Porque esa noche de tormenta la puerta de aquella vieja casa dejó de ser blanca, de la misma forma que sucede con la suya. El paso de los años la ha envejecido y en estos momentos la observa con atención. Parece haber perdido la blancura y cierto tono bermellón asoma con intensidad.

Busca las llaves con un mal vaticinio en su cabeza. Sus manos tiemblan, se siente impotente. No le da tiempo porque le sale al paso Lucía, que le contempla con el rostro pálido y aquella mirada que le es demasiado familiar. Porque Lucía es la otra niña que sobrevivió al encuentro con el monstruo. Desde ese día nunca se habían separado.

—¿Qué sucede, cariño? —pregunta él, preocupado.

—Es José. Te está esperando en la cama.

Su voz tiembla al compás del miedo que bulle por sus venas. No necesita más explicaciones, solo ver a su hijo y saber qué está pasando.

Sube las escaleras de dos en dos. En la habitación, el pequeño José le observa con la frente perlada de sudor y la mirada congelada. Sostiene su osito de peluche como si fuera el escudo más formidable que nadie haya forjado.

—Hola, campeón —le dice con dulzura—. ¿Qué haces levantado a estas horas de la noche?

El niño no responde, o es incapaz de ello. Ese silencio le inquieta todavía más, porque sabe por experiencia que cuando llega del trabajo su hijo le recibe como el mayor regalo del mundo, sea la hora que sea.

—Papá, está aquí —insiste.

La misma respuesta.

—No debes tener miedo de nada, así que puedes contarme lo que quieras. ¿Le harás este favor a papá?

Sus palabras parecen surtir efecto en el niño, que le mira a los ojos y se lanza a abrazar a su padre. Lloro como mil demonios. Se lo ha hecho encima, pero ni siquiera se ha dado cuenta, y entre gritos y

sollozos su pequeño campeón logra explicar qué es lo que tanto miedo le produce.

—¡Que viene el Coco! ¡Que viene el Coco!

Sobre el autor de «Esa puerta roja»:

Marc Sabaté Clos. Barcelona, 1979. Currante de tinta invisible. Amante del terror, la ciencia ficción y todo género fantástico. Un buen día me levanté descubriendo que tenía mucho que decir y empecé a plasmarlo en papel. Soy de los que piensan que toda historia debe incluir un mensaje implícito, una crítica o una opinión. Odio las palabras huecas.

He participado en varias antologías como *En los albores del miedo* (Dolmen), *Mitos de Fuenlabrada* (Kelonia), *Devoradores de almas* (Ediciones La Pastilla Roja), *Esta noche conectaremos con el infierno* (*La web del terror*), *Ilusionaria IV* (Alupa), *El viejo terrible y otros cuentos inquietantes* (Ediciones Rubeo), y soy colaborador habitual en las revistas digitales *Vuelo de cuervos* y *MiNaturra*, de las que me siento muy orgulloso. También llevo un blog de literatura fantástica titulado *Palabras de un hombre disperso*. Podéis pasaros a saludar.

Actualmente estoy terminando mi primera novela de terror, ambientada en una isla solitaria del Atlántico Norte irlandés, a la que espero encontrarle sitio. Un homenaje a los tiempos que ya no son.